

Capítulo 20

El maestro y el *stand up*. Desafíos docentes pospandemia, una mirada psicosocioeducativa

Manuel Alejandro Gembe Sánchez

<https://doi.org/10.61728/AE20253622>



Resumen

El presente texto pretende analizar el papel del maestro en distintos momentos del fenómeno educativo. Se aludirá al acto de enseñar como una puesta en escena que se ha adaptado a las circunstancias educativas, específicamente a tres momentos; el primero, antes de la pandemia, el segundo, el periodo de pandémico y un tercer momento, la fase pos-pandemia o regreso al aula. Se trata de identificar el papel fundamental del maestro en un escenario, en un acto, en un *stand up*. La propuesta se realiza desde la experiencia de docencia en nivel superior. En buena medida es un esfuerzo por externar las distintas cotidianidades de la vida docente desde tres escenarios educativos temporales y sociales distintos.

Preámbulo: el escenario antes de la pandemia

La educación es un fenómeno complejo por todos los elementos que la integran. Si bien podemos aseverar que la educación tiene relación directa con el aprendizaje, con la escuela, con los maestros, cierto es que un acercamiento más amplio permite identificar que la escuela y el aprendizaje están en vínculo estrecho con aspectos sociales que definen la experiencia escolar y por ello, podemos percibir la escuela de una manera amena, castigante, llamativa, sociable, frustrante o desquiciada.

Antes de la pandemia la escuela se experimentó como una institución que funcionaba bajo un esquema claramente definido en el que participaban dos actores en primer plano, el alumno y el maestro, el aprendiz y el docente, como actores secundarios aparecen los padres de familia y las figuras directivas. El papel de cada uno quedaba más o menos claro; asistir al escenario conformado por una y muchas aulas, los estudiantes cargaban sus herramientas de trabajo todos los días en una mochila y los maestros o docentes acudían al mismo espacio con el día planeado, tanto anímica como didácticamente.

Este modelo de escenario educativo tuvo lugar durante muchas décadas. A este modo de trabajo le reconocimos hasta hace unos años como escuela presencial. Es decir, para ser parte del fenómeno era imperativo asistir a la institución educativa desde ese espacio experimentar el proceso de enseñanza-aprendizaje. Así, alumnos describían su aprendizaje como un acto en primera persona, atentos, receptivos, alertas a las indicaciones del maestro, a los tiempos del maestro, a la guía, y durante la pandemia la experiencia escolar (aprendizaje) se volvió diferente.

En la escuela previa a la pandemia los maestros son el centro del escenario educativo, se dice que son los alumnos, pero en el fondo se hace lo que el maestro diseña, propone, participa, el maestro tiene mayor peso en el acto de educar y por tanto de enseñar. Hasta cierto punto el acto de enseñar se convierte en un acto de adultos. El adulto decide sobre el aprendizaje presente del niño pensando siempre en el futuro del niño aprendiz.

En este esquema de trabajo, aprender-enseñar se ajusta a un modelo comunicativo clásico en el que existe un emisor que codifica un mensaje que envía a un receptor por medio de un canal interactivo, el receptor aparentemente solo tiene que decodificar ese mensaje, retroalimentar un poco el mensaje y entre menos dudas hay, mejor capacidad de recepción de la información fluida. En la escuela previa a la pandemia, la que podemos denominar escuela tradicional, el proceso educativo tenía el fin de suministrar al aprendiz una serie de conocimientos de manera más o menos directa. Desde esta perspectiva, educar significó guiar, dirigir, enseñar, quizá adoctrinar, desde edades tempranas un conjunto de conocimientos -denominados más tarde como formales e informales- que permitirían al aprendiz su incorporación al mundo social mediante la puesta en marcha de lo aprendido; de este modo, la sociedad garantizaría su perpetuación mediante un sistema de enseñanza generacional.

Nudo: el efecto pandemia en la escuela

En diciembre de 2019 se detecta una serie de casos médicos-clínicos en un área específica de Wuhan en China que remiten a una forma de neumonía atípica; al parecer, estos casos tenían como punto de coincidencia

un mercado mayorista de mariscos en el que además se comercializaban una diversidad de animales salvajes, tanto vivos como muertos. Aunque en un primer momento en México parecía ser solo una noticia lejana a modo de *fake news*, fue en marzo de 2020 cuando el efecto de esta pandemia tendría las primeras repercusiones en nuestro país.

El 14 de marzo sería el inicio de un aparente fin de semana largo; muchos aprovecharían para vacacionar y regresar el martes 17 con las energías más que recuperadas para continuar con la vida cotidiana. El viernes los estudiantes en sus escuelas se despidieron expresando que se reencontrarían cuatro días después. La situación no fue así. En Michoacán, por medio de un mensaje en video de aproximadamente 15 minutos, el gobernador se dirigió al estado explicando el peligro que significaba un nuevo virus bajo el nombre SARS-COV-2, COVID-19. Con algunas frases aludió al compromiso de los michoacanos para enfrentar con madurez la realidad que se presentaba, invitando a ser fuertes ante la proyección de un panorama adverso. De este modo, se dijo que serían tres semanas de cuarentena, lo que se traduciría en quedarse en casa y con ello evitar los contagios; la idea era evitar el contacto social en cualquiera de las dimensiones de la vida humana ordinaria y extraordinaria. Evidentemente, la escuela no es ajena a la socialización; por el contrario, se sostiene de ella. Es por eso que la recomendación fue: quédense en casa y continúen desde allí con el ciclo escolar. En total serían 5 semanas de resguardo en casa, toda vez que se sumarían las 3 previas a las vacaciones de Semana Santa más estas dos.

Muchas teorías acerca del origen de este virus y sus posibles objetivos se imaginaron. Sopa de Wuhan (2020) es una muestra de los esfuerzos intelectuales por analizar e identificar las condiciones sociales, políticas, económicas, de salubridad, científicas y bélicas alrededor de las cuales tiene lugar y efectos la pandemia del COVID-19. No cabe duda de los efectos que este fenómeno ha tenido en la vida humana; es más, podemos decir que ha transformado la vida humana como la conocíamos las últimas tres generaciones, por lo menos. Desde una interpretación evolutiva de la vida terrestre, pasando como un mecanismo natural del ecosistema por equilibrar el daño ambiental provocado por humanos, hasta ideas de conspiración, biopolítica y reseteo mundial han aparecido desde los

primeros meses de la pandemia. Quizá todas sean igualmente válidas si lo pensamos en un panorama de amplia imagen y sobre los efectos que la vida humana ha tenido sobre el planeta a lo largo de su historia. La historia de esta trama llamada pandemia por COVID-19 se agudizó y hoy en día no se resuelve ni queda claro cuándo pasará totalmente, aunque poco a poco nos hemos incorporado a lo que llamamos normalidad.

La casa no es lo mismo que la escuela, las diferencias son considerables. Desde el primer momento de trabajo a distancia el reto estaba en frente y evidenciaba las ideas que desde hace décadas algunos pensadores del campo de la educación habían reiterado en múltiples momentos, la escuela no es la misma para todos y no todos acceden a la educación del mismo modo. Se volvía a poner en el centro de la mesa el viejo tema de la desigualdad educativa, solo que esta ocasión el efecto mediático era mucho mayor. Pronto salieron a proclamarse los críticos de la educación, comenzaron a aparecer un número considerable de foros alrededor del tema: Escuela y la pandemia.

Boaventura de Sousa Santos fue uno de los primeros intelectuales insistentes en la necesidad de repensar la escuela en tiempos de pandemia y asumir los retos dentro de lo que él conceptualizó como La cruel pedagogía del virus. Bajo esta idea, pone en retrospectiva la experiencia escolar antes de la pandemia, en la que rescata la necesidad de la socialización en la escuela y el aprendizaje de manera presencial es preponderante. Al mismo tiempo, arroja algunos visos de lo que poco a poco toma lugar como nueva normalidad educativa, refiriéndose al trabajo remoto virtual. Alerta acerca del concepto de escuela que paulatinamente ganará terreno en la postpandemia. El autor vislumbra una educación completamente capitalista y poco amigable con las clases trabajadoras, toda vez que la educación tenderá a la virtualidad y el acceso a las tecnologías y la conectividad no estarán al alcance de todos, pues esta pandemia va acompañada de una crisis económica no experimentada desde hace un buen tiempo. A ello le agregamos el pánico pandémico que ya alertaban Agamben, Zizek y Chul Han, entre otros.

Tanto el panorama educativo presente como el futuro fue complejo. Previo a la pandemia, conceptos como realidad virtual, tecnologías, educación online, TIC parecían un futuro más o menos cercano. Hoy en día

han sido una realidad, pero son palabras al viento si no analizan desde la profundidad social, que no es otra cosa sino la desigualdad con la que tienen resonancia tales concepciones de la institucionalización de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Si bien la modalidad de educación a distancia no es nueva en nuestro país, ya que desde los años sesenta en la UNAM comenzó esta modalidad de estudio, en la actualidad el concepto es más diverso y complejo. Más aún, a dos años, tres años de la pandemia COVID-19, el panorama de la educación se ha vuelto más interesante y provocativo en una discusión que exige dialogar y reflexionar alrededor del lugar del maestro y el lugar del alumno.

La educación en tiempo de COVID ha marcado distancias entre las escuelas públicas y privadas, entre escuelas rurales o periféricas y escuelas urbanas, entre preescolares, primarias, secundarias, bachilleratos, universidades y posgrados. Así mismo, la perspectiva educativa de los padres de familia sobre sus hijos, sobre la escuela, sobre el futuro.

El encierro pandémico cambió el escenario educativo. Intentar tomar clases desde casa implicó cambios y transiciones graduales. En este esquema de comunicación educativa se desdibujó el monólogo del maestro frente al alumno; había maestro, había alumnos, pero no había interacción en tiempo real, no había cercanía, no había diálogo, no había retroalimentación. Educar desde casa implicó desde adaptar y hacerse de un espacio en casa, hasta enfrentar los retos de hacer valer la condición de estudiante en el espacio hogareño, por ejemplo, cuando los padres mandaban a su hijo a la tienda o las tortillas en horario escolar.

Las llamadas clases en línea se convirtieron en un espectáculo en casa. Las risas nunca faltaron después de la incredulidad. El inicio del trabajo a distancia primero fue incierto; la pregunta central, ¿cómo será eso de las clases en línea? Poco a poco fue superada. Evidentemente, la respuesta varió según el contexto de las familias de los educandos. Quienes contaban con los recursos tecnológicos y de servicios de conectividad comenzaron la experiencia del trabajo en línea de la manera más amena posible; algunos adaptaron algún espacio de su habitación, principalmente, para intentar tomar cursos buscando alguna lógica pedagógica que se iba descubriendo y escondiendo en el camino, es decir, un poco cómodos, pero no más de lo necesario, un poco aburridos, pero no tanto

como para no hacer actividades del hogar, por lo menos en un primer momento, con laptop a la mano, algunos cuadernos y quizá con audífonos; algunos estrenaron sala gamer. Poco a poco, la idea de lo inhóspito se convirtió en un refugio; el aula en casa se convirtió en el estudio A, B, C según las familias. Algunos menos afortunados tuvieron que ajustar su mirada al tamaño de la pantalla del celular, pero a modo de recompensa podían recostarse en la cama y desde allí intentar escuchar al maestro.

La apropiación del tiempo pedagógico fue gradual y evolutivo. Primero algunas tareas mediante correo electrónico, el uso de WhatsApp (aquí valdría la pena mencionar que antes de la pandemia se emprendieron muchos esfuerzos por mantener al margen la comunicación entre maestros y alumnos con el objetivo de minimizar situaciones de acoso y hostigamiento, consideración que con la pandemia se vino abajo, dado que una de las consignas principales para los maestros fue mantenerse cercanos a los alumnos). Luego llegaron los cursos de actualización para maestros, los mismos que dieron lugar a la oleada de herramientas tecnológicas y digitales que pretendieron mejorar la comunicación escolar; la llegada de Zoom, Meet o Teams era imparable. Con ello, el escenario escolar (de aprendizaje y enseñanza) dio un giro interesante. Los estudiantes se encontraron en las pantallas, se apropiaron de las pantallas; el espectáculo era de ellos y con ello el maestro quedaba rezagado en su monólogo; el acto era superado por los espectadores principales en una forma de comedia satírica y de situación en la que el objetivo educativo, pedagógico y didáctico en pro del aprendizaje era rebasado por la consigna “no se puede reprobar a ningún niño”. Con ello, los papeles en el performance educativo quedaban en un enredo, en una trama azarosa, una ridiculización y una serie de malentendidos entre alumnos y maestros, maestros e institución, padres de familia y maestros, entre padres de familia, entre alumnos y alumnos, etcétera.¹

¹ Recurro a dos subgéneros de la comedia en este documento como marco contextualizador de la idea del aula como escenario y el proceso educativo como una puesta en escena. Se trata de la comedia de situación también conocida como comedia de enredos, disparatada y que de alguna forma converge en una constante de malentendidos. También se recurre a la comedia satírica como una ridiculización hacia ciertos individuos, personajes o instituciones.

Desenlace: el regreso al aula, el maestro standupero

Hasta aquí se ha elaborado en modo de narrativa el proceso de cambio en la percepción social que se tiene sobre la escuela; como lo menciono en el inicio de este texto, esto es apenas un primer acercamiento al tema de interés, por lo que el análisis se hace desde un enfoque totalmente teórico. En este apartado se busca primero dilucidar el quehacer del docente como fenómeno de enseñanza y luego contrastarlo con teorías educativas y con ello marcar algunas pautas para la comprensión de los fenómenos educativos en la actualidad.

El regreso a clases fue confuso. Si bien el sector educativo (maestros) fue privilegiado con la aplicación de vacunas, ciertamente no se tenía una idea clara de cómo funcionaría el famoso regreso escalonado. Los maestros regresamos con un desconcierto didáctico, pues, por una parte, adquirimos herramientas para la enseñanza digital, pero de fondo había cierta añoranza por volver al sistema prepandémico, aquel que nos otorgaba ciertas facilidades para el trabajo docente, aquellas que nos colocaban como centro del acto educativo, como protagonistas de la enseñanza, aunque no del aprendizaje. Por otra parte, los alumnos con nuevas exigencias, nuevas carencias pedagógicas, emociones expuestas, cogniciones pospandémicas.

El aula escolar es concebida como un ambiente de aprendizaje dentro de un edificio que se destina exclusivamente para ello. Es la unidad básica de un recinto educativo. En sentido estricto, se trata de un espacio ambientado para favorecer el aprendizaje, aunque también la enseñanza, evidentemente. Si bien todos quien hemos experimentado un proceso de alfabetización sabemos de primera mano a qué nos referimos, cierto es que podemos reconocer que en este ambiente diseñado artificialmente prima la comunicación humana como instrumento de transmisión de información, contenido, saberes, conocimientos, etc. Pero, cuando la comunicación aparece como mecanismo fundamental para la vida educativa entonces este fenómeno se vuelve por demás interesante.

La comunicación se entiende como un proceso interactivo entre una persona, dos o más personas según la situación con la intención de transmitir información mediante una serie de pautas que dan lugar a un fenómeno circular. Aunque esquemáticamente existe una manera de entender

este proceso-fenómeno en términos teóricos es necesario no perder de vista que se trata de una actividad humana por lo que su característica principal es la espontaneidad. Para Amodio (2006), la comunicación implica un proceso relacional entre individuos que participan en su producción y ejecución en un sistema de estructuras tanto simples como complejas. Para el autor:

La forma simple [de comunicación] se genera cuando los contenidos son transmitidos directamente de un individuo a otro. Las formas complejas suponen multiplicidad de mensajes y maneras diversas de interacción desde un individuo a un grupo hasta grupos comunicándose con otros grupos (2006, p. 25).

En un esfuerzo por elaborar una imagen del proceso comunicativo que permita comprender cómo funciona se ha propuesto un boceto que inicia con un emisor quien codifica un mensaje que envía a través de un canal a un destinatario que tendrá que decodificar el mensaje para luego retroalimentar y dar un patrón cíclico al fenómeno de la comunicación humana. Toda puesta en escena implica un proceso comunicativo. Desde esta propuesta, el fenómeno educativo de enseñar y aprender (asistir a la escuela bajo la dirección de un maestro) se convierte en un proceso comunicativo, toda vez que el maestro emite una serie de mensajes que luego son retroalimentados por los alumnos en un bucle expositivo mediado por preguntas y respuestas enmarcadas en un escenario social.

En la educación en los últimos dos siglos se ha entendido como un proceso que facilita desarrollar habilidades propias del individuo mediante aprendizajes que son guiados por un maestro, por un enseñante. Enseñar a su vez no es otra cosa sino un proceso de transmisión de conocimientos, habilidades, técnicas y normas sostenidos en ciertos métodos cuya intención es promover la ilustración social. No obstante, no siempre ha sido así, podemos rastrear en las ideas de Comenio hacia el siglo XVII la idea de un concepto de escuela sustentado en un currículo organizado en cursos o materias cuya característica, siguiendo la trama histórica de Gadotti (2004), era la aplicación de métodos que despertaran en el alumno el interés necesario por parte del maestro. Con ello se establece un esquema de enseñanza-aprendizaje que en el centro no es otra cosa sino un acto y proceso comunicativo.

Siguiendo las concepciones de Foucault (1975), la escuela es una institución, siempre lo ha sido, y junto con la cárcel y las fábricas representan una organización jerarquizada que se sostiene en la disciplina (vigilancia) corporal, mental, ideológica en la que la productividad es el objetivo. En palabras de Alanís Huerta (2018), este esquema de trabajo institucional inaugura un logos que se entiende como un conjunto de ideas y actitudes devenidas de la propia vigilancia y disciplina en los actores educativos, principalmente alumnos y maestro, aunque también directivos, administrativos y padres de familia. El paisaje descrito en este párrafo da lugar a una escuela con forma prepandémica, la que se describe en el preámbulo de este texto caracterizada y personificada en la figura del maestro sustancialmente. En este acto educativo el maestro es actor central, al alumno le toca aprender al ritmo del maestro.

Con la pandemia, la escuela se convirtió en un sistema de desigualdades. Bajo el título "La cruel pedagogía del virus", Boaventura de Sousa (2020) externaba las condiciones disímiles con las que la escuela se experimentaba a partir de la contingencia sanitaria marcada por el distanciamiento social. Recursos, espacio, tecnología, economía, medios y plataformas digitales fueron algunos de los elementos que marcarían la experiencia educativa durante los años de cuarentena y encierro humano. La escuela y la enseñanza-aprendizaje se vivieron de manera personal según las condiciones de vida de cada alumno, cada familia, cada maestro, y de las facilidades y políticas escolares. Del mismo modo, Carlos Escalante se suma a las tareas para reflexionar el efecto de desigualdad escolar motivado por la pandemia COVID-19.

Durante la fase de pandemia, las preguntas clave fueron dos elementales, de parte de los maestros: ¿Cómo enseñamos a la distancia? ¿Y cómo aprendo a la distancia? Mismas que se transformaron en memes cuyas inquietudes giraban alrededor de la poca motivación que encontraron los estudiantes para asumir su rol activo en la escuela a distancia y, por otra, los maestros enfrentándose a sí mismos en la adversidad pedagógica, pero también a los padres de familia, a los directivos, etc. Frases como "no sé si realmente estoy aprendiendo", "ya se me olvidó lo que aprendí hace una semana", "¡no esté molestando, profe!" o "mi participación en clase se reduce a si se escucha, profe". Eso demostraba

una enorme dificultad de parte de los estudiantes hacia sus propios procesos formativos. Por otra, los maestros se quedaban atónitos ante este panorama; se les exigía muchísimo y se les cuidaba poco, se les vigilaba con un entusiasmo particular. Cabe mencionar que durante esta etapa de la vida escolar humana, el concepto *burnout* tomó un sentido particular en la vida de los maestros.

Para un comediante, un artista, un conferencista, etc., un mal show es aquel que sucede cuando este no logra conectar con el público, cuando la comunicación no se establece, cuando no hay comunicación. La pandemia anuló la comunicación entre alumnos y maestros en su aspecto y estructura más natural. El acto educativo se canceló; el show pedagógico se convirtió en una carrera contra el tiempo en favor de tomar distancia. Si bien los maestros se actualizaron, se hicieron de herramientas tecnológicas, se adaptaron a las plataformas de trabajo, lo dieron todo de sí, la puesta en escena del maestro se quedó en suspenso, no llamativa. ¿Cómo regresarían los maestros al aula? ¿Qué acto presentarían? ¿Cómo renovarían su show? ¿Volverían a ser actores principales?

La respuesta es sí, siempre y cuando presentara un acto novedoso, cargado de ejemplos de la vida y soltando un chiste de cuando en vez, es decir, siempre que el maestro se vuelva standupero. En definición, el *stand up* se entiende como un monólogo o comedia en vivo; es una forma de puesta en escena donde el actor se dirige directamente a su público, generalmente de modo unipersonal, pero mantiene una interacción constante con el espectador, pues sus líneas o textos se hacen desde una visión cotidiana de la vida, por lo que hay un efecto de comprensión de lo expuesto sin mucha dificultad. Pero aquí no se trata de denostar el trabajo del maestro ni del actor de *stand up*. Por el contrario, devenido de la pandemia por experiencia personal y en un esfuerzo por favorecer la experiencia educativa, encontré las similitudes entre maestros y actores, aunque le agregué el carácter de cómico, no en una forma de suplantar la imagen y representación del docente como actor educativo formal y de autoridad.

La pandemia no inaugura la desigualdad educativa, pero sí la acentúa y con ello se dibujan una serie de nuevas condiciones cognitivas. El regreso a la escuela presencial en algún modo resultó incertidumbre y poco a poco un tema emergía como monstruo a enfrentar, la carencia de apren-

dizajes, la ausencia de motivaciones para regresar a la escuela, haberse adaptado a una enseñanza remota. La cognición y los procesos mentales cambiaron. Desde la psicología educativa se propone que el aprendizaje tiene lugar a través de procesos cognitivos constituidos por percepción, aprendizaje, lenguaje, atención, memoria, motivación y emoción (Morris et al., 2008). Estos procesos eran mediados por la escuela, por los programas escolares, pero principalmente por sus maestros, quienes en el proceso comunicativo organizaban las pautas de interacción entre él o la docente y los alumnos. Sin embargo, el encierro por contingencia exploró y explotó de otros modos la cognición.

Según datos de medios de comunicación, el Instituto Federal de Comunicaciones en su encuesta de 2020 arroja que los mexicanos pasaron de usar 3.8 horas al día el teléfono a 7.7. Ver videos, chatear, comprar, ver series, revisar redes sociales son solo algunos de los motivos que incrementaron el uso del celular como acto contra el aburrimiento. Pero los efectos dejados fueron más que adaptación a la aldea tecnológica; los procesos cognitivos tomaron forma pandémica: la atención, la memoria, la motivación y la emoción se volvieron menos atentos, menos retentivos, menos emocionantes. Por tanto, la percepción, el lenguaje y el aprendizaje cambiaron. Ser maestro en el esquema prepandémico no sería suficiente para mantener la comunicación con los alumnos. Aquí tiene lugar el vínculo entre docente y la necesidad de hacer *stand up*.

Para Orozco Guzmán (2021), la praxis docente es aventura de diversas posibilidades de anudamiento y comunicación entre el deseo y el saber (p.73). Para Orozco, la labor educativa radica en el deseo del docente. Pero en la educación pospandemia, el docente se enfrenta a un conjunto de enemigos no humanos: la tecnología, los dispositivos, la virtualidad, pero también los humanos, como el aburrimiento de los alumnos y sus cogniciones enfocadas en otras avispas, y más. ¿Cuál es el deseo docente en la actualidad y cómo se resuelve? Bueno, la propuesta es que una forma de resolver el deseo (vocativo) docente lo logra mediante este ejercicio de comunicación de un estado curricular a través de ciertos ejercicios didácticos llamativos, creativos, con un objetivo pedagógico: la enseñanza. De pronto los docentes nos enfrentábamos a un alumnado aturrido y poco entusiasta. Habría que volvernos docentes standoperos

en tanto que se requería un actor pedagógico con un tono de humor que logre conectar el currículo con los alumnos y así construir aprendizajes significativos, los tan anhelados aprendizajes significativos.

Remate

En los inicios del siglo, allá por los 2000, existió en la televisión abierta en uno de los canales más populares un programa cuya presentación se sostenía en un monólogo que giraba sobre la cultura cotidiana de los chilangos, al final, el propio presentador remataba el monólogo con cinco puntos que a modo de sarcasmo concluían lo expuesto previamente, por ello, para terminar esta presentación, aquí van los puntos para el maestro frente a grupo en un futuro no muy lejano:

- Organizar el aprendizaje como una construcción de competencias.
- Diseñar los temas con base en actividades realizadas por los estudiantes.
- Diseñar estrategias para plantear el aprendizaje como una investigación.
- Diseño de actividades para la experimentación y el trabajo en distintos escenarios.
- Favorecer la interacción entre el aula, la institución y el mundo exterior.
- Introducir nuevas formas de evaluación (Hernández, 2022).

Como vemos, el escenario educativo poco a poco es apropiado por el espectador, el estudiante, el alumno. El actor monólogo se desdibuja, el actor principal tendrá que reapropiarse del escenario en un esfuerzo más animoso.

Referencias

- Amodio, E. (2006). *Cultura, comunicación y lenguaje*. IESALC
- De Sousa, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. CLACSO
- Hernández, G. (13/05/2022). El maestro del futuro no lo sabrá todo, construirá y facilitará el conocimiento. *El economista*
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI
- Morris, Ch. y Maisto, A. (2005). *Introducción a la psicología*. Pearson, Prentice Hall
- Orozco, M. (2021). Algunos discernimientos psicoanalíticos para repensar el acto educativo y su impacto de alteridad. En Orozco, M. (coord.). *Designios y mutaciones subjetivas. Perspectivas psicoanalíticas*. Fontanamara